

## LA CONQUISTA DE LA CIVILIZACION

(Publicado en Muy Especial Historia nº 58 2002)

Por Víctor Alonso Troncoso, catedrático de Historia Antigua



### Alegoría bíblica

*Los descendientes de Adán y Eva realizaron ofrendas en esta miniatura de fa era cristiana: Abel sacrificó sus reses y fue bendecido. La maldición divina cayó sobre Caín, el agricultor, y su linaje. Una represemación simbólica del enfrentamiento primitivo entre campesinos y pastores.*

***Aunque la hostilidad entre nómadas y campesinos fue recíproca, la abundancia de bienes hizo despertar de su letargo prehistórico a gentes que nunca habían tenido historia***

Cuenta el libro del Génesis que los dos primeros hermanos de la humanidad, Caín y Abel, intentaron granjearse el favor de Yahvé, pero que sólo las ofrendas del segundo resultaron gratas a Dios. **Caín era labrador**, y como es natural, su oblación consistió en **frutos de la tierra**; **Abel**, en cambio, vivía del **pastoreo**, y fue el sacrificio de sus reses lo que complació al Creador. Todos sabemos cómo acabó la historia de Caín y Abel, esa maldición fratricida que todavía hoy pesa sobre el mundo, como si la expulsión del Edén y el dolor y la muerte a ella aparejados no fuesen castigos suficientes para la progenie de Adán. Quienes también lean e l

Antiguo Testamento como fuente de información histórica, o por puro placer literario, quizá encuentren algo sospechosa la contraposición moral de los dos modos de vida característicos del próximo Oriente antiguo, el nómada (o más bien seminómada) y el sedentario, el ganadero y el agricultor.

Más adelante, el tema de **la torre de Babel** (en realidad el famoso zigurat de **Marduk** en Babilonia) constituye el primer gran alegato de la tradición hebrea contra la quintaesencia de la civilización contemporánea.

Si se nos permite una comparación provocadora, Babilonia era al Oriente antiguo lo que Nueva York a nuestra época, cosmópolis capaz de despertar las más encontradas pasiones. El crescendo condenatorio continúa con las historias de Abraham y de Lot, teniendo a Sodoma y Gomorra como trasfondo, pero donde culmina realmente es en el libro del Éxodo. El Yahvista, una de sus manos redactoras, desborda genialidad en la caracterización de Moisés y en la dramatización de su vida, la cual debemos situar en el siglo XIII a.c., más o menos en tiempos del faraón **Ramsés**. Moisés pasa por ser el héroe liberador, si es que la religión mosaica y la alianza con Yahvé, tal y como son descritas en estas partes de la Escritura, pueden considerarse un hecho de liberación. En cualquier caso, es difícil toparse en todo el mundo antiguo con un caudillo tan desafiante a la civilización de su tiempo como este israelita que reniega de su educación y de su clase. Moisés tuvo al parecer una buena crianza en el país del Nilo, pero la gratitud no entraba en su código de buenas maneras, porque los egipcios jugaban el papel de malos. No es sólo que las bendiciones de la sedentarización y la agricultura mediterránea se **ciernan como amenaza de disolución una vez de vuelta** en Palestina; es que - y ello resulta lo más devastador para la idea de progreso civilizador-, el dios de Israel penaliza la creencia de que "con mi propia fuerza y el poder de mi mano me he creado esta riqueza" (DI. 8,17).

La óptica de la tradición hebrea primitiva (cuando menos la de sus primeros libros) está en consonancia con el tipo de vida de las tribus que la desarrollaron. Eran grupos de pastores trashumantes con la tienda a cuestas, siempre en el límite de la urbanidad, sin tomar plena posesión de ella. La relación resultante con la civilización tenía que ser a la fuerza ambivalente, una mezcla de sentimientos de amor y de odio, de atracción y repudio. Nos vale aquí porque resulta muy típica de todo el Oriente antiguo, donde las culturas semovientes del desierto, la estepa o la montaña se contraponen con demasiada violencia a los paisajes del agua fértil y encauzada, o dicho de manera más poética, a las fascinaciones del *paradeisos*, "jardín de granadas, con fruta de dulzuras; juncia de olor y nardo" (Cantar de los Cantares IV 13, en la versión de nuestro Fray Luis).

Otro semita de la periferia bárbara fascinado por los encantos de esa vida acomodada de jardineros y perfumes, de aguadores y palacios, esta vez en Mesopotamia, fue el gran **Sargón**, primer rey (2334-2279 a.c.) de la dinastía de Acad. Vaya por delante que los mitos y leyendas de Oriente Próximo eran patrimonio compartido por muchos de sus pueblos, empezando por el tema del Diluvio. De ahí que también en la historia de Sargón aparezca el bebé arrojado al río (Éufrates) en una cesta y elegido más tarde por la divinidad (Ishtar) para conquistar la realeza milenaria de Sumer -no sin antes revolverse, claro está, contra su regio benefactor en la ciudad de Kish-. El padre de Sargón era un hombre cuyos hermanos

"acampaban en la montaña" y que se unió a una gran sacerdotisa, la cual tuvo que deshacerse de aquel fruto y testimonio de su pecado.

A decir verdad, si aquellas uniones merecían tantas veces la reprobación, ello se debía a que los desprecios que se propinaban nómadas y campesinos eran recíprocos. Señalemos a este respecto que las tablillas cuneiformes nos brindan la posibilidad de conocer también el punto de vista del hombre civilizado desde la III Dinastía de Ur (2112 a.c. en adelante). Sus clichés y prejuicios no podían ser más xenófobos: "habitantes de tiendas (expuestas) al viento y la lluvia", "(gente) que no sabe qué es la ciudad", "que no sabe doblar la rodilla", "que se come la carne cruda" (tr. J. Sanmartín). En el fondo, no diferían demasiado de la visión autocéntrica que mantenían sus coetáneos egipcios de los asiáticos infiltrados en el delta, sobre todo durante los periodos intermedios de decadencia del poder faraónico. Incluso la literatura sapiencial más humanizada, como por ejemplo las *instrucciones a Merikaré* (X dinastía), no puede reprimir el insulto:

*"Mira, el vil asiático es un miserable a causa del lugar en que se halla. Tiene problemas con el agua, dificultades con los árboles; sus caminos son múltiples y malos a causa de las montañas. No habita en un único lugar (...). Ni conquista, ni tampoco es-conquistado. No anuncia el día del combate, como un ladrón que se precipita hacia los conspiradores"* (tr. J. M. Serrano).

*La figura del conquistador extranjero clara y pelo largo, que hablaban el "lenguaje de los dioses" (el sánscrito), sucumbieron a los encantos del arroz y el algodón, y quizá también a la blandura del nuevo clima tropical. Jinetes altivos de evasiones chamánicas, los arios trajeron consigo una nueva concepción del mundo que se materializaría en la literatura de los Vedas.* También estas tribus patriarcales estaban poseídas de una idea propia de sabiduría o revelación superior, que es lo que significa veda, "aquello captado de forma sobrenatural". Se trata, por tanto, de un cuadro que presenta pinceladas bastante parecidas de un extremo al otro de Oriente. La civilización y su abundancia de bienes atrajeron a muchas poblaciones de la periferia, que sufrían en algunos casos la acción depredadora de las sociedades superiores, no siempre dispuestas a agenciarse mano de obra o materias primas mediante el intercambio pacífico. Las poblaciones de cultura neolítica, o incluso protoneolítica, podían convertirse en la reserva bárbara de la que echar mano cuando hiciese falta, no en vano ya aparecen formas larvadas de imperialismo en las primeras dinastías históricas, caso de la acadia o las faraónicas del Reino Antiguo. Claro que, por otra parte, ese estímulo era susceptible de hacer despertar de su letargo prehistórico a esas gentes sin historia. El fenómeno está en la raíz del mundo antiguo y forma parte de su dialéctica de descomposición y renacimiento.

Contemplamos las primeras sociedades urbanas con los ojos abismados del otro, del extranjero, sin haber reparado todavía en la cosecha de frutos inéditos que arrojan las cuencas del Nilo, del Tigris y el Éufrates, del Indo, o el Ravi, con enclaves que hoy son emblemas de la arqueología mundial: Etidu, Uruk, El Obeid, Tinis, Menfis, Mohenjo Daro, Rarappa, Chanju Daro, Lothal ... ¿Qué había sucedido realmente para que el bárbaro naciese como categoría cultural enfrentada al hombre civilizado? Si dejamos por un instante el mito, y sobre todo si hacemos caso omiso del lenguaje levítico de los libros sagrados, la historia antigua, o sea, las fuentes arqueológicas,

**Babilonia era al Oriente antiguo lo que Nueva York a nuestra época: una cosmópolis capaz de despertar las más encontradas pasiones**



### **Alegato de la tradición hebrea contra la civilización**

*La Biblia no veía con buenos ojos el desarrollo urbano, y lo relacionaba con el desorden, la impiedad y la relajación de costumbres. Buena prueba de ello son las historias de Lot que debió abandonar Sodoma y' Gomorra, y de Abraham (arriba. "El sacrificio de Isaac", de Caravaggio), patriarca' pastor seminómada de la región mesopotámica de Ur.*

epigráficas y papirológicas, nos ofrecen información prosaica y limitada , pero bastante objetiva, sobre el despegue de la humanidad neolítica y la conquista de la civilización. No hubo ningún pueblo elegido, ni siquiera el sumerio, en cuyas tablillas están escritos los primeros signos pictográficos e ideográficos que certifican el comienzo de la Historia, allá por los años 3500-3200 a.C., en el famoso nivel IV del yacimiento de Uruk. Más bien lo que hubo fue un grupo selecto de pueblos que se eligieron a sí mismos para dar el salto de la prehistoria a la historia, de la oralidad pura al empleo de la escritura, de la comunidad aldeana a la sociedad urbana, compleja y estratificada, y regida por un poder central (hierocrático o autocrático). Y en todos los casos se trató en realidad de dar respuesta a un reto de la naturaleza, como bien planteó Arnold Toynbee. La agricultura de regadío y la ingeniería hidráulica a gran escala se impusieron en estas latitudes como respuesta a la aridez y desecación progresiva del clima y a las avenidas de agua, tan devastadoras a veces (el tema del Diluvio!), o sencillamente tan febriles (el paludismo endémico en toda la cuenca mediterránea y regiones palustres aledañas).

Si no fuese porque un inmenso esfuerzo 'de disciplina y organización social se adivina en la aparición de las primeras sociedades urbanas, y si no supiese de la existencia de un largo proceso protohistórico que desde el quinto milenio antecede a las ciudades-Estado sumerias o a las dinastías tinitas, casi nos sentiríamos tentados a afirmar que en un determinado momento la civilización empezó a fluir en estas regiones con espontánea naturalidad, en el sentido por ejemplo que decimos que natural fluye el castellano de Cervantes o la música de Mazar!. Quizá sea una impostura más de nuestra época la idea de que el genio va unido a la extravagancia o que se manifiesta en forma de revolución. La impresión, más bien, es que la fluencia civilizatoria fue un ciclo de muy larga duración, que incluyó laboriosidad y cálculo económico, pragmatismo y osadía a partes iguales, no

pocas dosis de sentido común y, algo que se nos antoja decisivo, una gran concentración mental y volitiva (sin duda relacionada con el sedentarismo y la lucha por la transformación del ecosistema). Para empezar, el dilatado camino que condujo a la escritura fonética estuvo dirigido a cubrir necesidades administrativas y contables, vinculadas a la economía del templo y del palacio, nada de especulaciones teológicas ni de literatura - para eso aún servían, y por mucho tiempo, la transmisión oral y la memoria-o Decimos hierocracias como la sumeria o la olmeca, con sus ciudades-templo o sus centros ceremoniales, pero en realidad deberíamos decir tecnocracias. Reparemos en el saldo de avances tecnológicos que registra la cultura material exhumada en los yacimientos a los que antes nos referíamos. La arqueología nos informa de la aparición de la rueda, de la vela, del arado y de la cerámica a torno rápido, un conjunto ya de por sí impresionante en el apartado de los medios de producción. Tanto o más cabría decir del despegue de la metalurgia del bronce, y no sólo por sus aplicaciones militares, sino también por sus efectos sobre las faenas agrícolas y las labores artesanales. Pero ni aun así acaba la acumulación de logros finalmente explosiva. El perfeccionamiento del calendario, tan importante por ejemplo en Mesoamérica, así como los medidores de crecida, corolario de la irrigación planeada en gran escala, sostienen excedentes de producción inimaginables en otras regiones, y éstos a su vez facilitan



**Es difícil encontrar un caudillo tan desafiante con la civilización de su tiempo como Moisés, que reniega de su educación y de su clase**

una división más estructurada y desigual del trabajo. Las artes plásticas proclaman una primavera del espíritu, y la arquitectura monumental (templos, palacios, tumbas), junto con el urbanismo incipiente, completa el decorado grandilocuente de la Historia. Y todo unido a una vocación de extroversión que tiene en el comercio a larga distancia una garantía de efecto multiplicador.

Puede que alguno tenga que reprimir una sonrisa impía al contemplar a esos tipos narigudos, de ojos saltones, que en actitudes orantes u oferentes nos ha legado la primera estatuaria mesopotámica. Proceden del santuario anfictiónico de Nippur, o del templo de Abu en Eshnunna, o de Mari. Secuencias iconográficas ya completas las tenemos, por ejemplo, en el famoso Estandarte de Ur (c. 2500 a.c.) o en las estelas coetáneas del rey

Ur-Nanshe de Lagash, con (figuras de baja estatura y algo regordetas. Se trata con preferencia de oficiantes y ministros del culto divino, de gobernantes, de letrados,... Son un monumento en sí mismos de piedad y compostura, pero se los ponemos delante a un niño, y a lo mejor hace un chiste con ellos o los asocia a una novela de Tolkien, de *hobbits* y hombres enanos. En realidad, esas representaciones tienen muy poco de ingenuas y no están exentas de vanidad: el príncipe (sacerdotal o regio) se hace modelar en mayores dimensiones, y el tema de la guerra y la victoria entra a formar parte de los frisos, con carros y formaciones de infantería, caso de la famosa Estela de los Buitres (c. 2450 a.c.). Entregados al ceremonial religioso, y sobre todo imbuidos de su concepción de siervos de la divinidad, ¿eran estos ancestros de todos nosotros realmente conscientes de su superioridad cultural, de la altura de sus logros? Muy pagados de sí mismos parece que no estaban, a juzgar por la Epopeya de Gilgamesh: "haga lo que haga, [el hombre] no es otra cosa que viento". Habrá que reconocerles, en cualquier caso, la humanísima dignidad de su porte, acicalado pero sin afectación, como la del busto en alabastro del príncipe orante hallado en la ciudad de Uruk, hoy en el Museo de Bagdad, nada menos que del 3300 a.c. En el fondo no resulta muy del que exhibe en Egipto el famoso escriba sentado del Reino Antiguo, en cuyos ojos parece brillar la mirada distinta escrutadora y luminosa de un tiempo de descubrimientos.

**Los protagonistas principales de estelas mesopotámicas, como la del rey Ur Nallshe de Lagasit (a la derecha) datadas en el tercer milenio antes de Cristo, pecaban ya de cierta vanidad. No en balde aparecían a un tamaño mayor que el resto y se hacían representar como jefes victoriosos.**



Pensándolo bien, a lo mejor ya es hora de invertir el sentido de la vieja imagen literaria: no es que nosotros, los modernos, seamos enanos que caminamos a hombros de gigantes; es que vamos por la vida de gigantes, pero caminando en realidad sobre los hombros de aquellos gloriosos enanos.

Fue Sigmund Freud el que diagnosticó el "malestar en la cultura", haciéndose una pregunta que hoy podríamos formularnos con toda pertinencia: "¿por qué caminos habrán llegado tantos hombres a esta extraña actitud de hostilidad contra la cultura?". El fundador del psicoanálisis se dio cuenta de que la alteridad étnica y cultural ya funcionó desde la edad moderna como elemento de proyección y ensoñación para Occidente.

Al extenderse las empresas de exploración, se entabló contacto con razas y pueblos primitivos; y al observar de manera un tanto superficial, y al interpretar de manera equívoca sus usos y costumbres, los europeos imaginaron que aquellas poblaciones aborígenes llevaban una vida simple, modesta y feliz.

Muy a su manera, claro, también las antiguas poblaciones agrícolas padecieron esa enfermedad que, más que malestar de la cultura, habría que llamar malestar de la civilización. La imagen rousseauniana del buen salvaje se diría prefigurada en el mito de la época edénica O paraíso perdido, una de cuyas variables puede ser el recuerdo de una edad de oro. Según esta visión del pasado, la vida humana habría conocido un tiempo de ventura y libertad, en medio de una naturaleza que se ofrecía sin esfuerzo a pastores y recolectores de frutos salvajes, a cazadores carentes de trabas para moverse a su albedrío.

La relación con el ecosistema no era la misma entre los grupos nómadas que entre los campesinos, hasta el punto de que éstos miraban con nostalgia aquellos tiempos dichosos en que el alimento se cobraba sin esfuerzo y los órganos coactivos de gobierno no estaban allí para imponer la división del trabajo.

**Los campesinos siempre soñaron con un paraíso mítico, en que el alimento se conseguía sin esfuerzo y no existían los gobiernos.**



### **El paraíso perdido**

¿Hubo en el inicio del tiempo (arriba izquierda El jardín de las delicias de El Bosco) una época dorada para el hombre en que se podía recoger libremente frutos del bosque, pastorear o cazar en abundancia? Los campesinos (arriba derecha, el Tapiz de la Creación) así lo creían.

La boga de la poesía pastoril, que se nutre de este *pathos* un poco melancólico, inspira en el Renacimiento églogas como las de Garcilaso o el discurso de un caballero andante ante una pasmada junta de cabreros:

"Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados... aún no se había atrevido la pesada reja del corvo arado a abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre, que ella sin ser forzada ofrecía por todas las partes de su fértil y espacioso seno lo que pudiese hartar, sustentar y deleitar a los hijos que entonces la poseían". Convidamos desde aquí al lector a que haga relectura completa de este bello pasaje del Quijote, un alegato formidable en favor de la vida regalada y natural de los primeros hombres. Es como si en el subconsciente occidental y en sus estructuras literarias quedase la idea fija de un mundo

idílico perdido. y este don Quijote esencialmente civilizado, discursando ante gentes de chozas, zaleas y bellotas que lo acogen, no deja de ser una metáfora de la complicada relación de Occidente con la alteridad cultural.

La persona de Don Quijote nos encomienda sin excusa a la piedad, así que no quisiéramos entregar nuestro colofón escrito con signos de escriba desafecto. Porque hemos hablado algo de la historia patriarcal judía, pero a lo mejor no le hemos hecho toda la justicia que se merece. Hay un personaje bíblico que despierta toda nuestra simpatía, muy humano, y se nos antoja que también muy actual. Hablamos de José, como acaso haya adivinado algún que otro lector. El hijo de Jacob no sólo se aproxima a nuestra sensibilidad por su capacidad para el perdón y su inteligencia (emocional), sino también por su esfuerzo de integración y su habilidad como mediador cultural. Él trae a Egipto a las tribus hambrientas del Sinaí y las acomoda en el país; él asciende en la escala social y se convierte en activo consejero del faraón y promotor de reformas agrarias, su visir; él sufre como extranjero el estigma de la sospecha por causa de la mujer de Putifar -siempre el sexo femenino como vehículo del mal-, pero supera la prueba y se casa con la hija del gran sacerdote de Heliópolis.

Por lo demás, no tiene inconveniente en adoptar las mores funerarias del país de adopción, como el embalsamamiento. Y todo ello sin renunciar a su fe ni a sus orígenes.

La historia de José tiene su correlato egipcio en la de Sinuhé. Como escribió el egiptólogo Francisco Presedo, hay dos Sinuhés: uno, el ficticio de la novela del finlandés Mika Waltari, que vive su aventura en el siglo XIV a.c., y otro, el original, que lo hizo seis siglos antes, a comienzos del Imperio Medio. La biografía de este último es la que ahora nos interesa porque testimonia una odisea personal cargada de lecciones. Exiliado político de Egipto en un periodo de intrigas cortesanas, emprenderá su propia travesía del desierto, pero no para ser salvado por ningún maná caído del cielo, sino por las leyes ancestrales de la hospitalidad y la piedad familiar vigentes entre las tribus beduinas de Palestina y Siria (los cabreros de la época).

Entre ellas hará fortuna y formará una familia próspera, pastoreando a su gente y llevándola a la victoria frente a poderosos adversarios locales. Sin embargo, al final de sus días regresará al país del Nilo vencido por la nostalgia, para ver rehabilitado su nombre por el faraón y, como buen egipcio, para morir de acuerdo con los ritos funerarios de su patria. Sinuhé y José, un egipcio o un hebreo, qué más da. Aunque sus figuras lleven ropajes de ficción literaria, ambos pueden ser espejos en los que se miren muchos hombres del siglo XXI. Que así sea.